





biente. Frente a nosotros, hay otro diván amplio que recuerda un lecho, con gran cantidad de cojines. Al lado alumbra igualmente otra lámpara de luz roja, mitigada por una pantalla que es un encaje tejido en hierro por manos de esclava oriental. A mi vera un pequeño taburete incrustado en concha de perla, de tonos apagados, tiene dispuesto un narguilé para las delicias del opio. Evoco un cuento oriental, imagino varios árabes silenciosos fumando alrededor de aquel narguilé fino y cincelado como una joya, y uno de ellos balbuceando una historia que habla de venganzas, de besos y de fantasías remotas. Por todas partes reciben amablemente a la mirada tapices marchitos que el tiempo ha ennoblecido con su pulida mano de noble viejo.

—¡Qué hermoso, qué hermoso!—son nuestras primeras palabras después de llevar un largo rato de profundo silencio. El señor Huneus no nos responde, señal que está sumido sabe Dios en qué sueños de ese oriente, que él, con exquisito gusto de artista y de gran señor, ha querido llevar a su mansión para recogerse en sus horas de descanso. Nuestros ojos, habituados ya a la penumbra, distinguen más claramente en la media luz, detalles y objetos que momentos antes estaban embebidos en las tintas oscuras. Sobre viejos tapices medioevales vemos una maravillosa cota de malla, recia, brutal, que evoca con precisión el cuerpo robusto y ágil de algún cruzado altivo. Hermosa y rara pieza de museo! Al lado, armas medias, una hacha del tiempo de los cruzados, que lleva calada en el hierro, la cruz simbólica; una ballesta antiquísima, una jabalina de gran señor con guarniciones de plata y que tiene sobre el cañón los lises de una casa señorial. En otro rincón, nuestras manos cojen con respeto una daga legítima del tiempo de los Borgias. La vaina es de terciopelo color amatista—color de capa de obispo—atenuado por los años. Suavemente sacamos la hoja, y ante la aguda punta que hiera nuestros dedos, viene al recuerdo uno de esos refinados crímenes pasionales, en los cuales laboraban el silencio, las sombras de la noche, la daga y el veneno y más que nada la sonrisa pérfida de una de aquellas mujeres de la gran Corte histórica. Junto a esta arma, un puñal de Toledo, legítimo, que lleva en su hoja esta inscripción: "Fábrica de Toledo, 1820". Muchas otras piezas de gran valor pudiéramos anotar, pero aquel diván nos invita nuevamente al reposo y al recogimiento, y volvemos al rincón de los cojines y los tapices.

Algunos objetos orientales, de valor real, seleccionados en un rincón de la sala.

